

**Ricardo Vicente.** *La Avellaneda de Barceló en la década infame. 1932-1943.* Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2011, 216 p.

¿Por qué volver a refrescar la historia? Porque hay conceptos que están en la boca de muchos y todavía son incomprensidos, como el llamado populismo. Por eso es bueno volver a analizarlos cuando surge un nuevo aporte bibliográfico, que brinda otra luz sobre la cuestión y que parte, además, de una situación mundial parecida a la actual, como la crisis del treinta.

En esa época los gobiernos conservadores en el poder, en defensa de sus propios intereses ligados al negocio agropecuario, tuvieron que aplicar políticas proteccionistas: elevación de aranceles; control de cambios, creación de numerosas juntas reguladoras (granos, carnes, etc.), del más crudo intervencionismo estatal. La ideología predominante en esa elite, el librecambio, dejó paso a una participación creciente del Estado en la economía. Esto significó, sobre todo, precios sostén para la agricultura y la ganadería, beneficios especiales a las empresas y al comercio británico a través del Pacto Roca-Runciman (que garantizaba una cuota de exportación de carnes en el Reino Unido), asegurar el pago de la deuda externa, realizar el salvataje de bancos en quiebra, y otras medidas que tendían a mantener y profundizar el esquema de intereses predominantes. Ciertamente es que inadvertidamente, la necesidad de ahorrar importaciones para equilibrar el sector externo, llevó a un proceso de industrialización que luego se iba ampliar bajo la presidencia de Perón, aunque usando la intervención estatal con un fin diferente.

Lo que no hubo en toda esa larga década denominada por José Luis Torres como "infame" (fraude electoral, represión y una vasta red de corrupción) fue una política social que paliara las consecuencias de la crisis entre los crecientes estratos sociales medios y bajos. Sin embargo, e incluso de la mano de uno de los dirigentes más controvertidos y corruptos de su época, existió cierto atisbo de morigerar la situación de las clases menos favorecidas, por parte de un político local que no siempre jugaba las mismas cartas que el régimen gobernante y que podemos calificar como populismo conservador, porque no quería en verdad cambiar las estructuras existentes sino evitar que se produjera un estallido social que las afectara.

En este libro remarcable, Ricardo Vicente viene a llenar un vacío sensible en la historiografía argentina, en el sentido anotado. Pero este período, dominado por gobiernos conservadores insensibles a la voluntad popular, que representó un retorno al poder de las viejas elites oligárquicas, y explicó en gran medida la llegada de Perón y el éxito de su proyecto, no constituía un conglomerado monolítico ni en lo político ni en lo económico. Dentro del régimen conservador aparecieron expresiones distintas, cuyo análisis particular fue hasta ahora un objeto más cercano a las creaciones de ficción que a estudios históricos debidamente documentados. Éstas existieron, sobre todo, en la periferia del régimen, y cuando decimos periferia no nos referimos solamente a su lugar de acción o funcionamiento que fue la ciudad de Avellaneda, sino a un sistema de poder que pertenecía con características propias al núcleo dominante.

Tal fue el caso del dirigente conservador y último caudillo urbano de la época, Alberto Barceló, dueño y señor de una de las más extensas zonas de los suburbios de Buenos Aires, aventajada por un vigoroso desarrollo industrial. Surgió allí una figura prototípica del populismo conservador que, aunque mantuvo fuertes vínculos con el comportamiento orgánico de sus raíces políticas, tuvo también elementos completamente originales, emparentados de algún modo con un período de transición hacia modalidades distintas de la política nacional.

Barceló utilizó toda la metodología de su partido de origen para conservar el poder, a la que agregó elementos *sui generis*, tales como figuras casi míticas del llamado matonaje: el famoso "Ruggerito". Pero dentro de la llamada "década infame" es un personaje particular: no representa a la típica oligarquía terrateniente que detenta el gobierno nacional, sino que su misma base económica es puramente urbana.

Como señala el autor, su personalidad ha sido asociada al fraude electoral y a actividades criminales y corruptas, como la trata de blancas. En el imaginario popular se han resaltado estos aspectos del desempeño del caudillo quedando opacado un mayor conocimiento de la política municipal desarrollada durante su conducción. Hilando finamente sobre la base de documentos originales, hasta ahora inéditos, Vicente analiza esos aspectos olvidados que muestran que si bien las prácticas políticas y económicas reprodujeron a las nacionales, el patronazgo y el clientelismo ejercidos por el caudillo tenían características peculiares. Esas que, como señala, "cubrían los baches que dejaban las crisis económicas del poder oligárquico". Con ellas el caudillo pretendía defender a los sectores locales, económicos y sociales de las políticas más negativas del régimen. Y a ello se debía su popularidad.

Un episodio particular y decisivo en este sentido fueron las medidas que tomó con respecto al aumento del costo de vida, afectado sobre todo por el elevado precio del pan. En este sentido, Barceló realizó lo que algunos caracterizan como una política populista; satisfaciendo, por un lado, las necesidades de los trabajadores, al impedir el aumento del valor de este alimento básico, y cumpliendo, por otro, con los reclamos del sector patronal, mediante acciones proteccionistas a favor de los productores locales que aislaban al distrito de la producción y de la venta

de pan en el orden nacional. Era una forma de intervencionismo social que no se correspondía con el conjunto de políticas del régimen. El objetivo era principalmente un control de precios que tendía a frenar el proceso inflacionario vinculado al crecimiento industrial, el cual sin políticas sociales en el orden nacional deterioraba los salarios reales. En cambio, la oposición socialista y radical, se opuso a estas prácticas intervencionistas sosteniendo que sus resultados económicos eran indeseables y demagógicos; pero detrás de ello se hallaban, sin duda, intereses políticos que pretendían preservar los espacios partidarios.

Ese modelo de arbitraje iba a ser luego tomado por algunos estudiosos como un anticipo de lo que sería el peronismo. Vicente no acuerda con ello. Su ejemplo anticipa la larga persistencia de caudillos en las zonas urbanas, que luego se traslada a intendencias del Gran Buenos Aires, pero las políticas de Barceló fueron en su momento sólo medidas defensivas locales para aminorar la conflictividad social que resultaba de un proceso de industrialización no especialmente deseado.

Cuando el coronel Perón comenzó en 1943 su política de favorecer a los trabajadores a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión, el *Times* de Londres haciendo un balance de la misma (4-12-1945) decía, sorprendido, que el gobierno militar estaba girando hacia la izquierda empujado por las masas, algo bien diferente a la experiencia conservadora de Barceló. Además, las mejoras sociales formaban una parte inherente de la industrialización, constituían la base del incremento de demanda necesaria para que la misma se sostuviera. El libro de Vicente no llega a esos años, pero aclara un momento de cambios trascendentes en nuestra vida pública. Su lectura es indispensable para entender el fin de una época y el comienzo de otra bien diferente.

Mario Rapoport

**Axel Kicillof.** *De Smith a Keynes. Siete lecciones de historia del pensamiento económico. Un análisis de los textos originales.* Buenos Aires, Eudeba, 2010, 376 p.

La historia del pensamiento económico es uno de los tópicos más importantes para la formación del economista. Sin embargo, el aprendizaje de técnicas cuantitativas priorizado por encima de la reflexión conceptual fue desplazando esta importante materia de los planes de estudio y del interés de estudiantes, investigadores y docentes. Actualmente, de la mano de estos tiempos bisagra que preanuncian la renovación del paradigma teórico principal en economía, la historia del pensamiento resurge, sobre todo a partir de la discusión de la heterodoxia versus la ortodoxia, la reaparición de cuestiones como el desarrollo, el rol activo del Estado, y la distribución del ingreso, abandonadas por tres décadas; y la evidente insuficiencia del pensamiento dominante para inspirar medidas de política económica que saquen de la recesión a los países donde aquel aún impera.

En momentos complejos como el actual, de crisis del régimen de acumulación capitalista y del sistema monetario internacional, la publicación de este libro de historia del pensamiento económico de Adam Smith a Keynes es muy oportuna para traspasar el velo de la coyuntura, y enfocar hacia los fundamentos de las políticas y de los comportamientos de los agentes económicos, procurando comprender fenómenos de naturaleza política y social, que reposan, en última instancia, sobre determinada concepción del mundo, sobre determinados valores y determinadas reglas de distribución del poder.

Así, este libro propone una lectura crítica de los principales autores de la teoría económica desde Adam Smith hasta Keynes, incluyendo a David Ricardo, los marginalistas y Marx. Cada "lección" presenta el contexto de la época, las transformaciones que la sociedad atravesaba, y la relación entre las nuevas ideas y el pensamiento anterior, mostrando cómo la teoría económica se desarrolla a partir de la reflexión sobre los problemas de la realidad histórica. El análisis se despliega sobre el eje de la teoría del valor y de la distribución, en cada uno de los autores y escuelas en estudio, sobre el que se determinan los precios, los salarios, las ganancias y la renta.

Las primeras dos de las siete lecciones discuten minuciosamente la *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, cuyo principal mérito, según Kicillof, fue reflexionar científicamente sobre los fenómenos económicos y sistematizar las ideas predominantes a fines del siglo dieciocho. Pero la obra presentaba numerosas contradicciones y lagunas, que alimentaron controversias sobre las que se desarrolló el pensamiento de sus sucesores.

El autor analiza luego los *Principios de economía política y tributación*. Ya triunfante la Revolución Industrial, David Ricardo profundizó la teoría del valor trabajo smithiana, indagó sobre las leyes que rigen la apropiación del producto social entre las distintas clases, y sobre los límites de la acumulación del capital, llegando a conclusiones pesimistas acerca del futuro del capitalismo. De la escuela ricardiana surgieron sus principales críticos: los marginalistas. Ellos se tratan en la lección 4, dedicada a las obras de Jevons, Menger y Walras, quienes objetaban diversos puntos de las teorías de Ricardo, pero coincidían en rechazar la teoría objetiva del valor —concepto unificador de la escuela clásica—, afirmando la relación de intercambio y la subjetividad como determinantes de la formación de los precios.

En la lección siguiente, Kicillof muestra cómo Alfred Marshall procuró fusionar a clásicos y marginalistas, en sus *Principios de economía*, obra de amplia influencia, y todavía hoy base del mainstream neoclásico. La teoría del valor basada en la utilidad, el concepto del ingreso ligado al producto marginal de los factores, la neutralidad del dinero y la ley de Say, cristalizaron en la nueva ortodoxia, enfrentada a las ideas coetáneas de Marx. Así, el problema económico se desentendió de la distribución y de la cuestión social.

La síntesis neoclásica sobrevivió a la revolución keynesiana de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, como señala Kicillof, a través del recurso

de escindir la macro de la microeconomía. Mientras en esta última el marginalismo mantuvo su reino, la macroeconomía abrazó las ideas de Keynes –que el autor sintetiza con precisión- al menos, hasta la década de 1970, período que excede al horizonte de la obra analizada.

La última lección presenta apretadamente el método de Marx y los principales conceptos teóricos de *El Capital*: mercancía, trabajo, valor, ganancia, plusvalía, capital, y su articulación en el sistema capitalista, en contrapunto con las teorías desarrolladas previamente.

Para concluir, este muy interesante y novedoso libro contribuye a reflexionar sobre los fundamentos de la teoría económica, y a recordar que, como dice el autor, ésta no se desarrolla linealmente en busca de la verdad, sino que hay otras razones por las que una escuela se impone temporariamente sobre las demás. Las explicaciones de la economía son provisorias y válidas en determinados contextos, ya que, en tanto que ciencia social, está sujeta a las transformaciones históricas de la propia sociedad.

Noemí Brenta

**Lenni Brenner.** *Sionismo y fascismo. El sionismo en la época de los dictadores.* Buenos Aires, Editorial Canaán, 2011, 454 p.

Si un lector desprevenido leyera frases como “cada país puede absorber solamente un número limitado de judíos, si no quiere desórdenes en su estómago. Alemania ya tiene demasiados judíos” o “El judío es una caricatura de un ser humano normal, natural, tanto física como espiritualmente. Como individuo en sociedad se rebela contra todos los arneses de las obligaciones sociales, no conoce el orden ni la disciplina”, no dudaría en adscribir tan temerarias afirmaciones a alguna usina o personaje denotado de los regímenes nazi-fascistas que asolaron Europa en el mundo de entreguerras.

Lo notable es que lejos de ser pronunciadas por Adolf Hitler o por alguno de sus secuaces, la primera fue dicha por Chaim Weizmann, futuro presidente de la Organización Sionista Mundial y primer presidente de Israel, en la Berlín de 1912, y la segunda no se publicó en el semanario nazi *Der Stürmer*, sino en el órgano oficial de la organización juvenil sionista, *Hashomer Hatzair*.

Llevar adelante una crítica frontal y honesta hacia el Estado de Israel y sus fundamentos, siempre ha sido una tarea riesgosa, dado que quien la realiza corre el riesgo de ser imputado de antisemita y judeofóbico.<sup>1</sup> Desoyendo estas advertencias Lenni

1. “Si ya no se puede cuestionar la violencia del Estado israelí sin atraer enseguida sobre sí la acusación de antisemitismo, entonces esta acusación tiene la función de circunscribir el espacio de los discursos públicamente aceptables y de inmunizar contra toda crítica esta violencia israelí poniendo en duda la moralidad de las protestas que suscita. La

Brenner -estadounidense, judío, marxista, gran activista por los derechos civiles y contra la guerra de Viet-nam en los sesenta- ha escrito una obra monumental que disecciona la naturaleza del sionismo y su accionar en los tiempos de la Europa del fascismo, edición que en nuestro país debemos saludar, y cuya presentación -invitando a los lectores al debate, la crítica y la polémica- es en definitiva el objeto de estas líneas.<sup>2</sup> Una idea central recorre la obra (y de alguna manera motoriza los desarrollos y la presentación de una por momentos abrumadora cantidad de fuentes): partiendo de que el antisemitismo era inevitable (hasta "natural") y justificable en cierta forma, mientras los judíos no tuvieran un hogar nacional en Palestina, el propio sionismo alentó y sacó partido del odio a los europeos judíos en el período indicado.

Desde estas coordenadas, nuestro libro en cuestión construye una arqueología del sionismo como una particular rama de los nacionalismos europeos, emparentados con las ideologías *völkisch* en boga en la Europa de finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, nacionalismos etnocéntricos, imperialistas, guerrillistas, imbuidos del poder de la carga del hombre blanco, con territorios a civilizar y conquistar, con un desarrollo particularmente intenso en la Mitteleuropa. Pero a diferencia de las otras ideologías *völkisch*, la *blut und boden* (sangre y suelo) sionista no se encuentra en el propio territorio en donde se vive -Europa central y oriental, en su mayoría-, sino en la lejana y exótica Palestina. Varios movimientos y problemas de este período del desarrollo del sionismo, el libro destaca.

La interpretación de la existencia de un pueblo judío único y diaspórico que el sionismo construye, heredero del Israel bíblico, encuentra variopintas resistencias, a saber: en el asimilacionismo (ej.: los alemanes judíos, son y se sienten alemanes, y en general no consideran que deban de volver a ninguna patria perdida en un lugar remoto) expresado tanto en formulaciones ideológicas liberales, como en el bundismo izquierdista y obrerista, y en los sectores religiosos, que desconfían del laicismo que el sionismo porta, ya que aún no filian en términos generales, la idea del "retorno de Israel" a una construcción estatal laica y moderna. Paradojalmente, y a pesar de este laicismo que levanta la desconfianza del rabinato, el sionismo no deja de esgrimir los argumentos bíblicos, en donde *el libro* funge como una suerte de súper título de propiedad de la tierra (el pacto) que la divinidad le ha dado al supuesto pueblo elegido,<sup>3</sup> como un argumento central que demuestra el derecho del pueblo judío a construir un hogar nacional en Palestina.

---

acusación de "antisemitismo" funciona así tal como funciona, contra cualquiera que se opone a las recientes guerras emprendidas por Estados Unidos, la etiqueta de "traidor" o de "simpatizante de los terroristas". Etienne Balibar et al. *El antisemitismo. Intolerable chantaje*. Buenos Aires, Editorial Canaán, 2009.

2. Esta tarea se completa con la también reciente publicación de su libro *51 documentos. Colaboración de los dirigentes sionistas con los nazis*. Buenos Aires, Canaán, 2011.
3. Para una crítica fundada a estos argumentos desde el punto de vista de la historia y la arqueología véase Israel Filkestein y Neil Silberman. *La Biblia desenterrada*. Madrid, Siglo XXI, 2005.

Ergo, el sionismo – como un particular caso de construcción de la nacionalidad moderna- es un movimiento minoritario y hasta resistido dentro de las colectividades judías de Europa en este período, en especial en las más pudientes, asimiladas y desarrolladas, como lo son la alemana y austríaca.<sup>4</sup> Esta situación implica, entre tantas otras cosas, que la idea de una invasión militar para “liberar” a Palestina del yugo otomano/árabe es inviable desde todo punto de vista, por lo que el establecimiento de un hogar nacional judío aquí, solo es posible con la anuencia de la gran potencia de turno, Gran Bretaña.<sup>5</sup>

Si bien el sionismo funciona como una imagen especular del antisemitismo, las elaboraciones nacionalistas de estilo *völkisch* con influencias bíblicas, que se constituirán en los elementos más estables de su cosmovisión, lo alejan de las primeras ideas de su fundador Teodor Herzl, –quizá más un liberal imperialista “que no pudo basar su movimiento en nada afirmativamente judío”<sup>6</sup>- quien no tenía mayor vínculo con lo “hebreo”, con las vertientes judías religiosas, que imaginaba su Estado judío como una suerte de entidad multilingüística al estilo suizo, no tenía un interés especial en Palestina y por momentos acepta la idea de construir el hogar nacional judío en las tierras altas de Kenia (África oriental).

Con esta detallada descripción de los elementos ideológicos y culturales en los que el sionismo abreva, y que son los que blande al comienzo de su fervorosa actividad política y diplomática a ambos lados del Atlántico, en las primeras décadas del siglo XX, el libro desarrolla con exhaustividad el accionar de los dirigentes sionistas y sus organizaciones (tanto los de la OSM, como los del influyente sionismo estadounidense, los del sionismo alemán o el polaco), en los momentos clave de la historia europea en la entreguerras: la crisis del Primera Guerra Mundial y el ciclo revolucionario que abre en Europa oriental (Bela Kun), el impacto de la Revolución rusa, el fracaso de la República de Weimar, el ascenso de Hitler en Ale-

- 
4. Recién al final de los años treinta, cuando la maquinaria nazi tiene un desarrollo incontrastable, la idea de migrar a Palestina, empieza a recoger mayores adeptos.
  5. «Hace cuarenta años (en los años veinte) un partido sionista era distinto de cualquier otro del mundo. Tenía que serlo. Su objetivo principal, no era recoger votos de una ciudadanía preexistente; era crearla. El típico partido se encontraba en algún lugar de Polonia. Para ayudarlos a emigrar, recolectaba dinero de toda Europa y Estados Unidos, y creaba grandes aparatos financieros. (. . .) La mayoría de sus líderes vivía en el extranjero. Su ideología se originó allá, sin mayor conexión con la realidad de Palestina, y por su puesto, sin tener en cuenta para nada a los árabes.» Uri Avnery. *Israel sin sionistas*. Buenos Aires, De la Flor, 1968, pp. 192-193. No en vano la viabilidad del proyecto sionista en Palestina aparece más clara luego de la Declaración Balfour de 1917, y cuando el mayor Allenby y las tropas británicas entran en la región en 1918, dando fin a la Palestina otomana, para dar comienzo a la Palestina del Mandato británico. Para más datos véanse Gudrun Kramer. *Historia de Palestina*. Madrid, Siglo XXI, 2002 e Ilan Papé. *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*. Madrid, Akal, 2007.
  6. Lenni Brenner. *Sionismo y fascismo*, p. 45.

mania y Mussolini en Italia, la guerra de España, y la Segunda Guerra Mundial con el Holocausto. En todos estos momentos cruciales, el libro detalla con un trabajo de fuentes intachable, la colaboración de los dirigentes sionistas con regímenes antisemitas cuyo accionar en relación a sus ciudadanos judíos no podía dejar lugar a dudas, incluido el propio Hitler (de aquí se desprende otro elemento estable de su cosmovisión: el antibolchevismo). De igual manera, el libro detalla las oposiciones y rebeldías que esta aquiescencia al nazismo de parte de la dirigencia sionista levantó dentro del movimiento, pero dejando en claro también, que eran marginales y nunca pudieron torcer el brazo de la línea principal.

El motivo de tamaña impostura, para determinarla de alguna manera, se encuentra no en el desconocimiento que los principales dirigentes sionistas tenían de la situación de los europeos judíos, sino en que su objetivo político central no era evitar o detener la barbarie criminal nazi, sino salvar a judíos jóvenes capacitados y físicamente aptos para emigrar a Palestina, dando comienzo a un nuevo tipo de ciudadano hebreizado, educado en el arduo trabajo del kibbutz y la guerra, alejado del idish y la Mitteleuropa, compenetrado definitivamente en su ahora sí, verdadera *blut und boden*. Por eso, entre las tantas decisiones políticas que el libro describe y analiza, aparece la firme oposición de los dirigentes sionista a cualquier emigración de los europeos judíos, que no fuese a Palestina, dado que esto portaba para ellos dos males mayores que el antisemitismo y la criminalidad nazi: la asimilación y la diáspora. El objetivo primordial de los sionistas era construir su hogar nacional en Palestina, no salvar a la mayoría de los europeos judíos del Holocausto y en aras de ese objetivo, cualquier sacrificio (hasta el de millones de seres humanos) era posible y leído como un mal menor. La utilización que estos mismos dirigentes hicieron (y aún hacen) del Holocausto luego de la guerra, en muchos casos siendo ya ellos cuadros del Estado de Israel, es un caso más de invención de una tradición y quizá materia de otro libro. Citando a Brenner: "Gran Bretaña debe ser condenada por abandonar a su suerte a los judíos de Europa, pero no son los sionistas quienes deben hacerlo".

El análisis de las tendencias internas dentro del sionismo aparece con claridad diáfana. Si bien el laborismo sionista (al cual pertenecen los "padres fundadores" Ben Gurión o Golda Meir) es la modulación hegemónica, el accionar del revisionismo sionista de Vladimir Jabotinsky y Abraham Stern en esta coyuntura, es estudiado en profundidad, dado que de su seno nació un sector "extremadamente lunático" como la Banda Stern (ruptura por derecha del Irgún, antecesor del actual partido Likud), que proponía un "Estado judío histórico sobre una base nacional totalitaria, ligado mediante un tratado al Reich alemán". Lo notable es que de este grupo surgirían dos futuros primer ministro de Israel: Menahem Begin y Yitzhak Shamir.

Para cerrar el comentario sobre esta obra de lectura casi imprescindible, dada la conflictividad que aún perdura en Palestina/Israel, de la cual el sionismo es parte constitutiva, permítasenos citar a su autor:

"No puede haber la menor confusión entre la lucha contra el sionismo y la hostilidad hacia los judíos o el judaísmo. El sionismo prospera en el miedo a que los judíos sufran otro Holocausto. El pueblo palestino agradece profundamente el firme apoyo dado por judíos progresistas, ya sean religiosos, como Ruth Blau, Elmer Berger, Moshe Menuhin o Israel Shahak, o ateos como Felicia Langer, Lea Tsemel y otras personalidades de la izquierda. Ni la nacionalidad, ni la teología, ni la teoría social pueden, en ningún caso, convertirse en un escollo para aquellos judíos que, en Israel o en cualquier parte, están determinados a caminar junto al pueblo palestino en contra de la injusticia y el racismo. Puede decirse, con certidumbre científica, que sin la inquebrantable unidad de los árabes y los judíos progresistas la victoria sobre el sionismo no es meramente difícil, sino imposible".

Alejandro Falco